—«Despues de la muerte de Sainte-Croix, dijo, la señora de Brinvilliers me envió un billete á Nuestra Señora de las Virtudes (1) rogándome que fuese á verla á Piquepuces. Asi lo hice y la encontré muy encolerizada contra una mujer que no la habia entregado á tiempo un billete del señor Pennautier, en el que este la avisaba de que querian hacerles cargo á los dos sobre el negocio de la cajita y que él se iba á pasar tres ó cuatro dias en el campo.»

Briancourt añadió que se decia que Pennautier pagaba una pension á Sainte-Croix.

Cuando Briancourt volvió á Nuestra Señora de las Virtudes, se encontró en su casa al procurador Lamarre y á un tal Dalanus, pariente de Pennautier. Estos dos hombres le dijeron, que habian hecho cuanto les habia sido posible con la viuda de Sainte-Croix para que les entregase la cajita; pero la viuda habia tenido pretensiones muy altas y Delanus parecia estar muy inquieto por Pennautier.

Al dia siguiente habia visto Briancourt á un tal Bocager, que tomaba mucho interés en este negocio por Pennautier, y aquel hombre, que era una especie de togado, le habia dicho:—«En cuanto se hizo el descubrimiento, Mad. de Brinvilliers, se fué á casa de Pennautier, en donde no encontró sino á la mujer y á la suegra de este que la digeron mil picardías y la echaron de su casa.

Briancourt dijo tambien, y esto debe oirse, que un tal Lavigne, magistrado, presidente, le habia enviado á buscar y le habia interrogado largamente con respecto á sus relaciones con Mad. de Brinvilliers y habia concluido por preguntarle, si dándole dinero consentiria en declarar que Pennautier era cómplice de la marquesa.—«Pennautier, habia añadido aquel hombre, es rico y puede dársele un buen golpe.»

Briancourt se habia negado á cometer aquella infamia que tan natural le parecia al magistrado. Sin embargo, fué á sondear á Pennautier, á quien halló muy tranquilo sobre este punto que dijo no le causaba ninguna inquietud. Lavigne no queria nada menos que de 8 á 9,000 luises; no era mal negocio en verdad.

Por fin, Cluet, este hombre tan adicto á la viuda de Aubray que amenazaba á las gentes con quemarles la casa sino declaraban como él queria, tambien le habia dicho á Briancourt:—«Es preciso hacerle aflojar la mosca á Pennautier y luego perderle.»

Parece, segun todo esto, que si la conciencia de Pennautier no era de las que estaban mas tranquilas con respecto al negocio de la cajita, tampoco faltaban alrededor del recaudador general una porcion de pajarracos dispuestos á esplotar su posicion difícil, comprometiéndole á fondo en el proceso de Mad. de Brinvilliers, en el que parecia no figurar sino incidentalmente.

Interrogado Briancourt aquel mismo dia por el procurador general en la Tournelle, se decidió como dice él mismo, á «descargar su conciencia» y á decir lo que sabia de Mad. de Brinvilliers, y estas no fueron ya pequeñeces porque Briancourt, que sea dicho de paso, se titula en los interrogatorios, *bachiller en teología y abogado*, declaró que:

«Habiendo ido á pasar las vacaciones al castillo de Sains, poco despues de la muerte del consejero Aubray, una de las doncellas de la marquesa, llamada la Grangemont, le advirtió que desconfiase de su ama.» Esta mujer, le dijo, es una bribona peligrosa que tiene un mal comercio con Sainte-Croix; en sus ojos he conocido que está enamorada de vos, pero no os dejeis sorprender por sus caricias.» Pero nuestro jóven se dejó seducir por estas y por la confianza que en él tenia la marquesa. Esta le dijo un dia, entre otras cosas, que la muerte del consejero la habia dado miedo; que estaba rendida de lo mucho que habia habido que cuidarle y fastidiada de las visitas, sobre todo de las de las beatas.

Poco á poco llegó á hablar de veneno. «No se lo que es eso, la contestó Briancourt; en Francia no se habla de venenos, en Italia se los dan á las gentes en los guantes y en los ramilletes.»

La Brinvilliers contestó que no faltaban en Francia señoras que se servian del veneno; una entre otras, que despues de haberlo hecho, se habia retirado á un convento.

Briancourt, estando en París, oyó un dia á la marquesa amenazar á su hija con el veneno; la niña tenia entonces unos diez y seis años. Su madre la envió á un convento en castigo de una falta, y cuando salió, dijo en alta voz, que si aquella jóven seguia haciendo el tonto, se la entregaria á Sainte-Croix, que daria buena cuenta de ella.

Briancourt fue poco á poco ganando terreno en el corazon de la marquesa, y tambien poco á poco fue esta hablándole con menos rebozo de venenos. El siempre escrupuloso de oirla, la dijo:—«Señora, de estas cosas no se debe hablar nunca.»

—«¡Bah! le contestó la Brinvilliers, yo conozco tres señoras de categoría que han echado mano del veneno.»

Las relaciones entre Briancourt y la marquesa, constaban ya por la declaracion de una señora de Villeray y él mismo confesó el hecho, no sin balbucear y ponerse muy colorado.

Esta declaracion que la poseemos por estenso (1) nos hace ver á Briancourt como un jóven bachiller tímido y gallardo que vive aun en compañía de los buenos padres de Nuestra Señora de las Virtudes, pero necesitado y con deseos de hacer fortuna. Su amigo Bocayer le coloca en una gran casa, rica y honrada en apariencia; y allí, mientras copia las listas del inventario de un consejero del Parlamento, despues de la muerte de este, como mujer amable, una marquesa, le deja adivinar que un poco de galanteo no seria mal recibido. Una doncella antigua, una especie de dueña gruñona parapetada detrás de la muralla de una virtud quincuagenaria, le advierte el peligro para que se precava, pero los dulces ojos de la marquesa hablan mas alto que la dueña, y el bachiller sigue aquella intriga que halaga sus sentidos de

(1) El pueblo de Aubesvillers.

(1) Coleccion de Thoisy, t. XIII.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación